

lidad estética de un libro que no siempre la realiza. Desde luego, más que cuentos son relatos la mayoría. La familiaridad de los personajes (muchos figuran ya en *La Buenamoza*) y el desenlace un tanto desmayado en que concluyen los asuntos, son buena parte a confirmar nuestro juicio. Las narraciones suelen corresponder al esquematismo doctrinario del prólogo, y en estos casos, percíbese con el exceso de palabras, el énfasis, y la tumefacción, lo que Keyserling predica en *Meditaciones Sudamericanas* del lazo y de la anaconda: se disparan en poderoso impulso inicial, pero se relajan lamentablemente a la postre. No convencen muchos remates. Nos parecen malogrados.

También consideramos artificiales algunos personajes y más de un tema tratado en forma dulzona, con el inconveniente de la prédica y la moralina. Sobresalen en este aspecto *Estoy Pagado*, *El Quintal de Harina* y *Una Paloma para el Gavilán*.

En cambio, son cuentos con toda la barba *Renacimiento* y *La Muerte de Roldán*.

*Renacimiento* nos enfoca la transformación sexual de un adolescente campesino. Jaramillo nos ofrece un relato extraordinario, como no existe en nuestra literatura. Cuento suasorio, preciso y profundo, eleva a su autor a la categoría de maestro.

*La Muerte de Roldán* es aguafuerte de cepa. Sacude en la raíz e insinúa hasta dónde puede llegar el artista que domina su oficio.

Muy lejos, sobre todo cuando posee estilo a menudo de sensual opulencia, palabra que latigüea nítida, lenguaje de enorme fuerza propia. La originalidad larga de los afijos y vocablos onomatopéyicos dan calidad a la herramienta expresiva de Jaramillo y lo ponen a la altura de Lomboy.

<https://doi.org/10.29393/At325-15REMO10015>

“RAÍZ DE LA ESPERA”, de *Raúl González*. Imprenta El Esfuerzo, 1952

Recordaba Horacio que ni los dioses, ni los hombres, ni siquiera las columnas toleran la mediocridad en los poetas.

Abrumador aserto.

¿Qué de Raúl González?

El muchacho que fué nuestro alumno por años en cursos de Literatura llenaba su troje solitaria y silenciosa sin advertírnoslo, sin apenas insinuarlo, y cuando la sintió desbordada nos preguntó con timidez absoluta si tenía el derecho de montar a Pegaso insobornable.

Lo instamos a publicar.

Obedece, entendiendo aquello de que en *Trinidad Poética de Chile* damos cuenta al decir “un poeta no tiene ni siquiera la culpa de serlo” y “el vate le nace a las sociedades como los volcanes a la tierra: para expresar el fervor subyacente”.

González es poeta porque su voz crece en la problematicidad, porque no está satisfecho de sí mismo y porque no puede callar el canto.

Su poesía está en la familia de nuestros grandes: con Cruchaga tiene ceñido extatismo expresivo, intermitencia sincopada de inspiración que respira y pulsa en cauce ascético y, sin embargo, ebrio de vida, ávido de pulpa temporal; con Neruda lo emparenta el versolibrismo que arrastra asociaciones lentas, densas, serenas, en agonia inacabable, de preguntas que reverdecen.

Se distingue de uno y otro por el amor del símbolo pagano, por la interrogación a menudo sibilina, por la ataraxia o imperturbabilidad de aplomado rigor estético, donde hasta la elegía parece atenuarse en frialdad seca y resignada. Junto a Raúl González, resulta Cruchaga más ornamental y retórico, al paso que Neruda es infinitamente más impuro y tumultuoso.

Poeta de voz asordinada, el nuestro parece estar de continuo en pundoroso trance de mantener las lindes, de no sobrepasar su inmanencia, de no desbordar su copa personal. He ahí la cifra exacta de su autismo. la copa, en que se contiene astenia o desfallecimiento existencial que recuerda a Mondaca. El fervor contemplati-

vo de Raúl González se remansa a intervalos en ese tipo de versos que hemos llamado arcifinios o de límites naturales:

Soy un árbol exhausto con las raíces preñadas.

Todos estos pensamientos tienen la cabeza caída

Su desierto estaba cargado de pirámides

¿Siempre habrá siestas en el embrión de los días?

Hay un tropel de palabras carcomidas.

¿Comprendes entonces lo que es estar solo

en medio de lluvias y árboles heridos?

Mi alma lloraba a torrentes la dicha de estar triste...

Los recuerdos tienen entonces un corazón con más latidos.

Todos tienen un día anclado en el fondo del corazón.

Con lasitud de urgencias paradisiacas, este poeta sabe escuchar cuando “hay duelo en el país de las flores”, escruta “el gemido amargo de los segundos” y entiende que “la distancia expira con el corazón de los árboles”. No será desechado por los dioses; no defraudará los hombres; no pagarán a escote con su paciencia las columnas.